

Capítulo I

No queda nadie

Cuando a Mary Lennox la enviaron a vivir a Misselthwaite Manor con su tío, todos dijeron que era la niña menos agradable que habían visto. Y era verdad. Su carita delgada, al igual que su cuerpo, tenía una expresión agria. Su cabello era fino y amarillo claro, tal como su tez porque nació en la India y porque siempre padecía de una u otra enfermedad. Su padre había tenido un cargo del gobierno inglés en ese país asiático y siempre había estado ocupado y enfermo; su madre había sido una mujer muy hermosa y a la que únicamente le importaba ir a fiestas y divertirse con gente alegre. Ella no hubiera querido tener una niña, así que cuando nació Mary la entregó al cuidado de una aya, quien comprendió que si quería complacer a Mem Sahib, debía mantener a la niña fuera de su vista todo el tiempo posible. Así que cuando era una bebé enfermiza, inquieta y fea la mantuvo apartada de todos y cuando se convirtió en una niña bamboleante, inquieta y enfermiza, sucedió lo mismo. Mary no recordaba haber visto nunca con frecuencia otros rostros aparte de las caras oscuras de su aya y los otros sirvientes nativos. Éstos siempre la obedecieron

y le dieron por su lado en todo para que la Mem Sahib no se enojara si el llanto de la niña la perturbaba, por lo que al llegar a los seis años Mary era la cerdita más tiránica y egoísta que jamás había existido. A la joven institutriz inglesa, quien vino a enseñarle a leer y a escribir, le disgustaba tanto que dejó su puesto a los tres meses, y cuando llegaron sus relevos, éstos siempre se marcharon en un plazo menor que la primera. Así que si Mary no hubiera decidido realmente aprender a leer libros, nunca habría conocido las letras.

Una mañana terriblemente cálida, cuando tenía unos nueve años, Mary se despertó sintiéndose muy enojada, y lo estuvo aún más al percatarse de que la sirvienta parada al lado de su cama no era su aya.

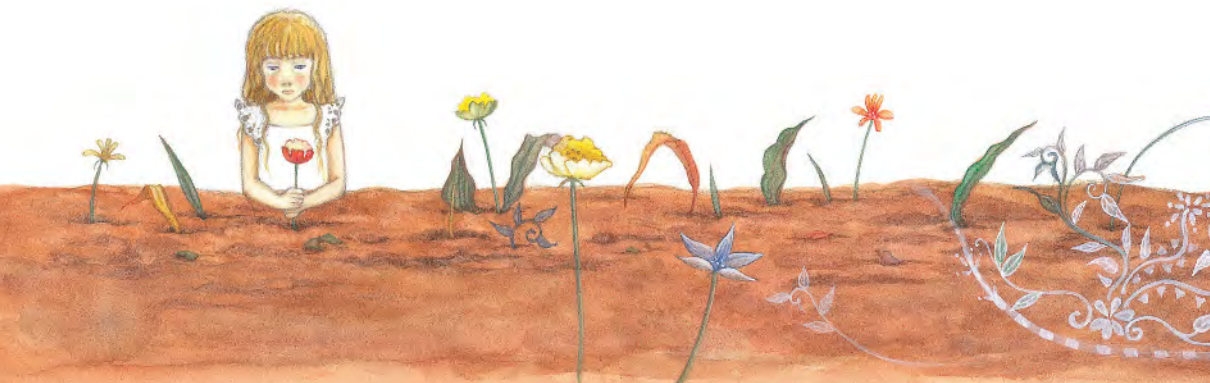
—¿Por qué viniste? —le dijo a la mujer extraña—. No permitiré que te quedes. Tráeme a mi aya.

La mujer se veía asustada y sólo tartamudeó que la aya no podía venir. Ante su respuesta Mary la golpeó y pateó desenfrenadamente. La mujer, aún más asustada, repitió que no era posible que la aya viniera a atender a Missie Sahib.

Esa mañana había algo misterioso en el aire. Nada se llevó a cabo en el orden habitual y varios de los sirvientes nativos no estaban en la casa, y aquellos que Mary vio se escabullían o andaban apresurados con caras sombrías y aterradas. Pero nadie le decía nada y tampoco llegó su aya. De hecho, la dejaron sola al paso de la mañana, por lo que vagó por el jardín y comenzó a jugar sola debajo de un árbol

cerca del pórtico. Jugó a que hacía un pequeño jardín donde puso grandes flores rojas de hibiscos en pequeños montículos de tierra, pero sintiéndose más y más enojada; refunfuñaba y pensaba en todas las cosas y los insultos que le diría a Saidie cuando regresara.

“¡Cerde! ¡Cerde! ¡Hija de cerdo!”, pensó. Llamar a un nativo cerdo es el peor insulto de todos. Mary repetía esto una y otra vez apretando los dientes cuando de pronto oyó a su madre salir al pórtico con alguien. Estaba con un joven rubio conversando en voz baja y de forma extraña. Mary conocía al chico, quien tenía cara de niño. Había escuchado que era un oficial muy joven recién llegado de Inglaterra. La niña lo observó, pero miró más fijamente a su madre. Siempre lo hacía cuando tenía la oportunidad de verla, porque Mem Sahib –así la llamaba usualmente– era una mujer muy alta, delgada y hermosa que usaba ropa muy bonita. Su cabello era como seda rizada y tenía una nariz pequeña y delicada que parecía desdeñar las cosas, y sus ojos eran grandes y risueños. Toda su ropa era liviana y vaporosa. Mary solía decir que su madre estaba llena de encaje. Pero esa mañana parecía tener más encaje que nunca y sus ojos no reían para nada, se notaban grandes y asusta-



dos; miraban implorando a la joven
cara del oficial rubio.

–¿Es tan malo? ¿Lo es?
–Mary la escuchó decir.

–Terrible –contestó el jo-
ven con voz temblorosa–.
Terrible, señora Lennox.
Debieron haber partido a las
colinas hace dos semanas.

Mem Sahib se frotó las
manos.

–Sí, sé que debía hacerlo,
–exclamó–. Sólo me quedé para
ir a esa estúpida fiesta. ¡Qué
tonta fui!

En ese momento explotó
como un estruendo el llanto en
los cuartos de los sirvientes,
tan sobrecogedor se escu-
chó que Men Sahib se



aferró al brazo del joven, mientras que Mary sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. El llanto se volvió cada vez más desesperado.

–¿Qué es eso? ¿Qué es eso? –exclamó ahogadamente la señora Lennox.

–Alguien ha muerto –contestó el joven oficial–. No mencionó que había brotado entre sus sirvientes.

–¡No lo sabía! –gritó Mem Sahib–. ¡Venga conmigo! ¡Venga conmigo! –se dio la vuelta y corrió al interior de la casa.

Después de eso, empezaron a ocurrir cosas espantosas, y Mary comprendió por qué la mañana había sido tan misteriosa. El cólera se manifestaba en su forma más mortal y la gente caía muerta como moscas. Su aya se había enfermado en la noche y el llanto que escuchó desde las habitaciones de los sirvientes era porque acababa de morir. Antes de terminar el día otros tres sirvientes habían muerto y otros tantos huyeron aterrados. Había pánico por todos lados y gente agonizante en todos los búngalos.

Durante la confusión y el desconcierto del segundo día, Mary se escondió en el cuarto de niños y todos la olvidaron. Nadie pensaba en ella, nadie la quería. Y ante las cosas extrañas y desconocidas que estaban sucediendo Mary lloró y durmió para pasar las horas. Sólo sabía que la gente estaba enferma y que escuchaba sonidos misteriosos y aterradores. Una vez se dirigió sigilosamente al comedor y lo encontró vacío, aunque había comida sin terminar en la mesa, las sillas y los platos parecían haber sido empujados

con prisa cuando los comensales se levantaron de repente por alguna razón. La niña comió algo de fruta y galletas, y como tenía sed se tomó una copa de vino que estaba casi llena, pues no sabía qué tan fuerte era, aunque su sabor era dulce. Pronto se sintió intensamente soñolienta y regresó al cuarto de niños, se encerró de nuevo, asustada por los llantos que oía en las chozas y por el sonido de pies corriendo. El vino le dio tanto sueño que casi no podía mantener los ojos abiertos, así que se acostó en su cama y no supo nada durante largo tiempo.

Muchas cosas pasaron durante las horas en las que durmió profundamente sin que la perturbaran los llantos ni el sonido de cosas entrando y saliendo de los búngalos. Cuando despertó prefirió permanecer recostada y mirando a la pared. La casa estaba completamente quieta. Nunca antes había escuchado tanto silencio. No escuchó voces ni pisadas, y se preguntó si todo el mundo se había curado y si el cólera y los problemas habían terminado. También se preguntó quién la cuidaría ahora que su aya había muerto. De seguro habría otra que posiblemente le contaría nuevas historias, pues estaba cansada de las viejas. Mary no lloró porque había muerto su nana. No era una niña afectuosa y nunca había querido mucho a nadie. El ruido, las prisas y el llanto por el cólera la habían asustado, y más que triste estaba enojada porque nadie parecía acordarse de que estaba viva. Todos habían estado tan aterrorizados como para pensar en la pequeña niña que nadie quería. Cuando la gente contraía el cólera parecía no acordarse de nadie más

que de ellos mismos. Pero tenía la seguridad de que si todos se habían curado, seguramente alguien se acordaría y vendría a buscarla.

Pero nadie apareció, y, mientras esperaba acostada, la casa parecía más y más silenciosa. Escuchó crujir algo en la estera y al voltear hacia abajo vio una pequeña víbora deslizándose y mirándola con sus ojos como joyas. No tuvo miedo, porque era una víbora inofensiva que no le haría daño y parecía tener prisa de salir del cuarto. Se deslizó por debajo de la puerta mientras ella la veía.

“Qué extraño y tranquilo está todo”, se dijo. “Suena como si no hubiera nadie en el bungalow, sólo yo y la víbora.”

Instantes después escuchó pisadas en el recinto y después sobre la terraza. Eran pisadas de hombres que entraban en el bungalow y hablaban en voz baja. Nadie salió a recibirlos o hablar con ellos, al contrario, parecía que ellos mismos abrían puertas y miraban en los cuartos.

—¡Qué desolación! —escuchó que dijo una de las voces—. ¡Esa mujer tan, tan bonita! Y supongo que la niña también. Escuché que había una niña, aunque nunca nadie la vio.

Mary estaba parada en medio del cuarto de niños cuando abrieron la puerta unos minutos después. Se veía fea y enojada. Estaba ceñuda porque ya tenía algo de hambre y se sentía desgraciadamente abandonada. El primer hombre que entró era un oficial grande que ella había visto hablando con su padre un día. Se veía cansado y pertur-

bado, pero cuando la vio estaba tan sorprendido que casi dio un brinco hacia atrás.

–¡Barney! –gritó–. ¡Hay una niña aquí! ¡Una niña sola! ¡En un lugar así! ¡Dios nos bendiga! ¿Quién es?

–Soy Mary Lennox –dijo la niña, irguiéndose con altivez. Pensó que el hombre era un mal educado al llamar al bungalow de su padre “¡Un lugar así!”, y dijo–. Me quedé dormida cuando todo el mundo tenía el cólera y acabo de despertar. ¿Por qué nadie viene?

–¡Es la niña que nadie había visto! –exclamó el hombre, volteándose hacia sus compañeros–. ¡En verdad la han olvidado!

–¿Por qué he sido olvidada? –preguntó Mary, pegando con el pie–. ¿Por qué nadie viene?

El joven, que se llamaba Barney, la miró tristemente. Mary incluso creyó ver que cerraba los ojos como para hacer desaparecer las lágrimas.

–¡Pobre criatura! –dijo–. No queda nadie que pueda venir por ti.

Fue de esa manera extraña y repentina que Mary se enteró de que no le quedaba ni padre ni madre; que habían muerto y habían sido llevados a otro lugar durante la noche, que los pocos sirvientes nativos que no habían muerto abandonaron la casa lo más rápido que pudieron sin acordarse de que existía una Missie Sahib. Por eso el lugar estaba tan callado. Era verdad que no había nadie más que ella y aquella pequeña víbora en el bungalow.

Capítulo II

Mary, Mary la descontenta

A Mary le gustaba mirar a su madre desde lejos, pensaba que era muy bonita, pero como conocía muy poco acerca de ella no se podía esperar que la amara o la extrañara mucho después de su muerte. De hecho, no la extrañaba para nada y como era una niña muy ensimismada sólo pensaba en sí misma, como siempre lo había hecho. Si hubiera tenido más edad, sin duda hubiera estado muy ansiosa por haberse quedado sola en el mundo, pero era muy pequeña y como siempre habían cuidado de ella, supuso que esto siempre sería así. Le interesaba saber si viviría con gente agradable, si serían amables con ella y si le darían por su lado como lo hacían su aya y los otros sirvientes.

A Mary la llevaron a vivir a la casa de un clérigo inglés, pero sabía que no se quedaría ahí. Además no lo deseaba porque el clérigo era muy pobre y tenían cinco hijos, casi todos de la misma edad, que vestían harapos y siempre estaban peleando y quitándose los juguetes. Mary odiaba su bungalow desordenado y se comportó de una manera tan desagradable con ellos que después de los primeros días ya

nadie quería jugar con ella. Al segundo día ya tenía un apodo que la hacía enfurecer.

Lo del apodo se le ocurrió a Basil, un niño pequeño con insolentes ojos azules y nariz respingona, a quien Mary odiaba. Ella estaba jugando sola debajo de un árbol, como cuando brotó el cólera; juntaba montoncitos de tierra y hacía caminitos para su jardín cuando Basil llegó y se quedó cerca de ella observándola. Pronto se interesó en el juego y de repente hizo una sugerencia.

—¿Por qué no pones un montón de piedras ahí y simulas que es un jardín rocoso? —dijo—. Justo ahí en medio —y se inclinó ante ella para señalar el lugar.

—¡Lárgate! —gritó Mary—. No quiero niños aquí. ¡Lárgate!

Basil se enojó por un momento y después empezó a molestarla como lo hacía siempre con sus hermanas. Bailó alrededor de ella haciendo muecas, cantando y riendo:

Mary, Mary la descontenta

¿Cómo es que crece tu jardín?

Hay campanas de plata, caracolas
y caléndulas sin fin.

Cantó hasta que los otros niños lo escucharon y terminaron riéndose también; y entre más se enojaba Mary, más cantaban “Mary, Mary la descontenta”; así que todo el tiempo que permaneció con ellos la llamaron “Mary, Mary la descontenta” cuando hablaban entre ellos y muchas veces cuando hablaban con ella.



–Te van a mandar a tu casa –le anunció Basil– será al final de la semana. Y nosotros estamos contentos por ello.

–A mí también me da gusto –contestó Mary–. ¿Dónde está mi casa? –preguntó.

–¡No sabe dónde es su casa! –se burló Basil con el desdén propio de un niño de siete años–. Está en Inglaterra, obviamente. Nuestra abuela vive ahí y mandaron a nuestra hermana Mabel con ella el año pasado. Tú no irás con tu abuela. No tienes. Vas con tu tío. Se llama señor Archibald Craven.

–No sé nada acerca de él –dijo bruscamente Mary.

–Ya sé que no –contestó Basil–. No sabes nada. Las niñas nunca saben nada. Yo escuché a mi padre y a mi madre hablando de él. Vive en una gran casa vieja y desolada en el campo. Es tan gruñón que no permite que nadie se le acerque, y si lo permitiera tampoco irían, porque es jorobado y es un hombre horrible.

–No te creo –gritó Mary; le dio la espalda y se metió los dedos en las orejas, porque ya no quería escuchar más.

Mary estuvo pensando en lo que Basil le contó; así que cuando la señora Crawford le dijo esa noche que zarparía hacia Inglaterra dentro de pocos días para ir con su tío, quien vivía en Misselthwaite Manor, la niña tenía una mirada tan fría y desinteresada que no supo qué pensar de ella. La familia la trataba con amabilidad, pero cuando la señora Crawford le intentó dar un beso, Mary sólo volteó la cara y se mantuvo firme cuando el señor Crawford le dio unas palmadas en el hombro.